

La Iglesia Latinoamericana a 40 años del Concilio

Demetrio Valentini es Obispo de Jales, San Pablo, donde también es director de la Radio Asunción, y asesor de la Comisión Pastoral de la Tierra.

Compartimos a continuación un fragmento de su artículo "Perspectivas teológicas y pastorales de la Iglesia en América Latina". En el mismo desarrolla una reflexión sobre la Iglesia en la región, a 40 años del Concilio, en medio de un contexto complejo, preguntándose por la incidencia de su accionar cotidiano, y sobre sus opciones pastorales. Luego de señalar algunos retrocesos del Concilio a esta parte, como en la democratización de la estructura interna de la Iglesia por ejemplo, propone retomar algunos valores e intuiciones profundas y positivas para una renovación de la Iglesia Latinoamericana que resulte en un compromiso más efectivo con el cambio social.

Retomar las corrientes profundas

Delante de esas constataciones, la situación no es desesperante. Se realizó un Concilio, se puede realizar otro. Lo que importa es peregrinar con fe, porque la caminata continúa.

En medio de tantas perplejidades y respuestas evidentemente superficiales, marcadas por la coyuntura actual de crisis, inseguridades y miedos, es preciso retomar las corrientes más profundas de la verdadera renovación eclesial.

Aunque haya certezas superficiales que van en sentido contrario, como pasa en el mar cuando, a veces, las olas van en una dirección contraria a las corrientes marítimas más profundas, es importante fijar nuestras referencias en realidades consistentes y firmes, y luchar en torno a ellas.

Me permito citar brevemente algunas de ellas, sin pretender ser exhaustivo. Estas realidades se implican mutuamente, y por eso podrían ser identificadas de otra manera, en otro orden. Cada cual es la puerta de entrada a otras profundizaciones.

Apostar a la visión bíblica de "Iglesia Pueblo de Dios"

Fue la "revolución eclesial copernicana" del Concilio Vaticano II. Necesitamos que esa visión siga siendo la referencia consistente, firme y rica de nuestro proceso pastoral. La Iglesia necesita tener la cara del pueblo; el pueblo necesita sentirse identificado con la Iglesia; es preciso superar dicotomías que no tienen base en la Biblia, es decisivo que el pueblo sea cada vez más sujeto, que se sienta cada vez más Iglesia y asuma la causa de su misión.

La visión de la Iglesia-pueblo tiene implicancias que debemos trabajar con discernimiento y firmeza, para que puedan madurar y dar frutos. La propia expresión "pueblo de Dios" es muy exigente y requiere mucho empeño para crecer en el conocimiento y en la vivencia de los designios de Dios respecto al mundo, la Iglesia y cada persona. Ser Iglesia-pueblo no es, de ninguna manera, ser una Iglesia displicente, sin criterios, sin organización, sin exigencias. Al contrario: La emocionante trayectoria bíblica de las andanzas de Dios con su pueblo, debe hoy estimular a la Iglesia a reconstruir caminos de purificación y de descubrimiento creciente de lo que Dios pide a su pueblo.

Por eso, esta primera dimensión no se entiende bien sin las otras que siguen.

Formación de comunidades

No es por casualidad que las Comunidades Eclesiales de

Base se transformaron en la "marca registrada" del empeño de renovación eclesial en América Latina. No han perdido hoy, de ningún modo, su validez e importancia estratégica. Los desafíos han aumentado con la fragmentación cultural verificada en América Latina. Muchas personas han sido desarraigadas de sus comunidades. En la formación y el cuidado de las comunidades, la Iglesia, más allá de reencontrarse en ellas su realización básica, puede prestar un valioso servicio social de apoyo a la reestructuración comunitaria de las periferias de las ciudades y también de los centros urbanos.

Reunir el pueblo en comunidades continúa siendo el camino de visibilización de la Iglesia y el punto de encuentro entre la acción de la Iglesia y la acción de la ciudadanía.

Continuar cultivando la práctica liberadora del Evangelio

Aún con todos los preconceptos lanzados sobre la Teología de la Liberación, lo importante es no perder la agudeza liberadora que tiene el Evangelio y continuar cultivando esa dimensión de manera conciente, continua y firme.

Esa liberación permite a las personas sentirse sujetos participantes de su comunidad, como miembros adultos y concientes de las exigencias de su fe. Lleva también a las personas a sentirse responsables por los problemas políticos de la realidad donde viven.

Es en este contexto que recobra sentido y fuerza la opción preferencial por los pobres, que hace al pueblo experimentar la solidaridad especial que Dios demuestra por aquellos que se abren a la acción de su Espíritu y no se dejan encandilar por falsos ídolos, que aún hoy encandilan a tantas personas y las tornan rehenes del consumismo y de las frivolidades que frustran la realización humana en profundidad.

Esa práctica liberadora restituye también una auténtica espiritualidad, que no se confunde con los espiritualismos fáciles que el mercado religioso hoy ofrece en abundancia por ahí, y que engaña a los ávidos de emociones sentimentales que la religión también es capaz de producir, al igual que otros espectáculos.

De nuevo, las dimensiones se entrelazan y complementan. Es en la vivencia comunitaria que se desarrolla la dimensión liberadora del Evangelio de Cristo, en la síntesis que el pueblo ya sabe expresar concientemente entre fe y vida.

Cultivar la lectura popular de la Biblia

Poner la Biblia en manos del pueblo continúa siendo la estrategia más eficaz que se puede incluir en el proceso pas-

toral. En la Biblia, el pueblo se identifica con su caminata y no se limita a su lectura, sino que continúa su historia, como sujeto que se identifica con la misma trayectoria, que pasa a entender como suya, como fruto del compromiso que precisa asumir.

La lectura de la Biblia confiere también dignidad y respeto a los liderazgos populares. Desinhibe su participación y posibilita una sorprendente riqueza de sabiduría y de capacidad que el pueblo revela cuando pasa a sentirse sujeto de una gran historia que todavía continúa.

Continuar la búsqueda de un nuevo modelo de Iglesia

Una de las constataciones más fecundas que se pueden hacer sobre el actual movimiento de renovación eclesial, que tuvo en el Concilio su epicentro, es que fue hecho en el interior de la propia Iglesia, al contrario del de los tiempos de la Reforma Protestante, que propuso "otra Iglesia".

Ahora, la renovación eclesial no propone "otra Iglesia". No es preciso romper con la Iglesia para realizar la renovación, lo que no significa que no se deban buscar modelos diferentes de realización de la misma y única Iglesia de Cristo. Porque eso contribuye para su realización auténtica y verdadera.

El error del centralismo es pensar que existe un único modo de ser Iglesia. Impedir la encarnación original de la Iglesia en los diferentes contextos culturales es frustrar las ricas potencialidades del Evangelio y empobrecer la realización de la Iglesia. El centralismo eclesial no sintoniza con la riqueza de la gracia de Dios y reduce la verdadera catolicidad de la Iglesia de Cristo. La unidad de la Iglesia no significa reducirla a la uniformidad esterilizante y estandarizante de formas externas de expresar la eclesialidad.

Por eso, la verdadera propuesta de renovación eclesial abre hoy la posibilidad de ser realizada en el interior de la propia Iglesia, pero exige la superación de la tentación fácil, cómoda e instrumentalizadora de la uniformidad.

Sería arriesgado reducir la presentación de este nuevo modo de ser Iglesia en pocas notas características. En todo caso, conviene citar algunas, para estimular la percepción del conjunto de los ricos carismas y ministerios que a los pocos van dibujando el rostro diverso de las comunidades eclesiales, que al mismo tiempo tienen la alegría de sentirse en comunión con la Iglesia en todo el mundo, y, con igual alegría, acogen la diversidad de formas con que expresan la vivencia del mensaje evangélico.

Superación de dicotomías y cultivo de la fraternidad

El modelo centralista de Iglesia insiste en un reduccionismo que, con apariencias de ortodoxia, acaba asfixiando la verdadera realización de la Iglesia como Cristo la soñó. En síntesis, ese reduccionismo se expresa en el siguiente esquema clerical: "La Iglesia es el papa en Roma, el Obispo en la Diócesis, y el Padre en la parroquia". Todo lo demás es subalterno a esas tres esferas centralizadoras.

A esa visión, arraigada en el subconsciente de muchos cristianos, es preciso con insistencia proponer otra, valiéndonos de las palabras del propio Cristo: "En cuanto a ustedes, no permitan que los llamen maestros, porque uno sólo es su Maestro y todos ustedes son hermanos". (Mt.23,8)

En esa tarea, continúa siendo muy válido el testimonio de los obispos y los sacerdotes que, por sus actitudes de pobreza y simplicidad, facilitan la proximidad con el pueblo y la superación de preconceptos que aún permanecen. El cultivo de la misma dignidad y de la misión común a todos, dentro de la diversidad de carismas y ministerios, es un empeño válido para la renovación eclesial.

Una Iglesia toda ministerial

La diversidad de ministerios es un camino saludable que de a poco se va abriendo en las prácticas cotidianas de nuestras comunidades, a pesar de toda la carga de preconceptos que permanecen hoy en la Iglesia a este respecto.

Ciertamente, un punto que no avanzó después del Concilio, y que, al contrario, retrocedió, es la urgente reorganización ministerial que la Iglesia entera debería promover, para agilizar y liberar las ricas potencialidades de presencia servidora que los cristianos podrían asumir en el interior de las propias comunidades, como también en el campo misionero, al servicio de la comunicación del mensaje evangélico por medio de una práctica de acciones ministeriales que el Evangelio sugiere y estimula.

Con todo, aún con esas resistencias, que son parte de la estrategia central de mantención del modelo centralizador de Iglesia, se abren buenas posibilidades, que la gracia de Dios fecunda por medio de la ampliación de ministerios laicos, que de a poco va enriqueciendo a las comunidades y posibilitando nuevas maneras de ejercer responsabilidades por parte de los laicos.

Valorización de nuevos sujetos eclesiales

Entre ellos, la presencia de la mujer, cuya actuación ya fue responsable en gran parte por la vida de las comunidades en América Latina. Ahora, la mujer comienza a ampliar su espacio de acción, participando de nuevos ministerios laicos, que no pueden reasumir los preconceptos que cercan el ejercicio del ministerio ordenado.

La comunidad eclesial necesita también acoger nuevas formas de liderazgos que van emergiendo, en la figura del negro, el indio, el joven, el discapacitado, y así sucesivamente. Todo lo que vaya en la línea de la superación de preconceptos y de la discriminación necesita entrara resonancia positiva y adecuada en el contexto de la comunidad eclesial.

Fortalecimiento de la solidaridad y del compromiso con la causa de la vida

Esa es otra dimensión que no puede omitirse, porque no ocurre espontáneamente. Es preciso asumirla y cultivarla concientemente. El compromiso político en las grandes causas que hoy preocupan a la ciudadanía, en la superación de la exclusión social, en la batalla por los derechos de todos, en la lucha por una sociedad justa y fraterna, en las preocupaciones por la naturaleza y la supervivencia de la propia humanidad.

* *Perspectivas teológicas e pastorais da Igreja na América Latina. Demetrio Valentini. En Cristianismo na América Latina e no Caribe: Trajetórias, diagnósticos, prospectivas. Wagner Lopes Sanchez (coordinador). São Paulo: Paulinas, 2003. Traducción: Cecilia Michelazzo.*